

Desde la Torre

Octubre 2025

EL HOMBRE COMO ANIMAL APOLÍTICO: UN PRESAGIO

La aparición de la filosofía con Sócrates supuso el descubrimiento de una forma de ignorancia. Para Sócrates, la busca de la sabiduría supuso hablar con muchos “sabios” que no hicieron más que reafirmar una forma de ignorancia novedosa: la ignorancia de aquellos que creían que sabían pero no sabían y el deber personal de salir de ese estado. La reivindicación de vivir conforme a la razón no ha acabado convirtiéndose en una admonición esotérica, sino que ha conformado el principio de la vida política en la historia de Europa. La historia de la filosofía debe a Platón y Aristóteles el planteamiento del desarrollo de esta protoconciencia socrática y su refinamiento en idea del ζῷον πολιτικόν, un animal que se hace humano mediante la razón y su capacidad de actuar de un modo complejo con los demás. Una figura política de este tipo se ha mantenido viva gracias a la capacidad de equilibrar la vida activa y la vida contemplativa. El equilibrio ha exigido una doble direccionalidad entre los gobernados y los gobernantes. A partir del republicanismo clásico, tal como argumenta J. G. A. Pocock, esta idea pasa a ser una condición de posibilidad de los gobiernos, el ser humano debe constituirse en un ser activo, racional y libre y los gobiernos deben propiciar que las comunidades políticas dependan de esta energía antropocéntrica para su sustento frente a las dificultades que el azar y la fortuna presentan. Esto conduce inevitablemente a la democracia a través de un largo periplo histórico.

El camino de esta configuración ha dado lugar a la democracia europea moderna, que muchos han contemplado como inevitable y otros como definitiva, llegando a promulgar incluso el fin de la historia. No ha habido nada más poderoso en la historia que el vínculo entre autoconciencia y poder político. Los análisis de las primeras democracias establecidos por la filosofía política, realizados por teóricos de la talla de Alexis de Tocqueville, John Stuart Mill o Benjamin Constant entre otros, divisaron en el horizonte que los peligros para la democracia provienen, sobre todo, de la ralentización de esta tendencia y exigencia. Se podría decir que el esplendor de este tándem no condiciona como debería la vida práctica. La democracia se traduce en una delegación de la inercia decadente de ese poder a los líderes que se proponen, para gobernar sobre una ciudadanía sumida en una especie de letargo consciente, acomodado. En esta línea, además, ha aparecido un nuevo fenómeno debido a lo que la sociología denomina la cuarta revolución industrial que influye *de facto* en esta exigencia tradicional. La relación entre democracia y tecnología aún está en ciernes, es experimental, los ciudadanos modernos viven en una expectativa. Sin embargo,

hay un detalle que puede predisponer al presagio. Entre la vida activa y la vida práctica está mediando una nueva forma de vida virtual, que debería ser un “medio” al servicio del desarrollo de la vida democrática aunque, en realidad, se ha alzado como “fin”. Su particularidad reside en algo no previsto, la aparición de una conciencia virtual, de un ser amorfo, inconmensurable, insensible que no acaba de ser un reflejo del hombre masa orteguiano sino una especie de evolución de este fenómeno, donde el egoísmo latente humano asume una manifestación clara y resta protagonismo a la razón como fundamento de su dimensionalidad. La virtualidad de la conciencia no está condicionada por la apelación a la razón, ni la blinda sino que hace que las pasiones o *affections* se conviertan en el nuevo motivo de la acción. Los grandes filósofos de la modernidad como Baruch Spinoza o Thomas Hobbes, por ejemplo, nunca vieron en estas pasiones algo negativo siempre que fueran dirigidas por la cordura. Al interponer las *affections* como referencia de la *praxis*, la conciencia virtual juega a invertir el eje de la estructura clásica que salvaguardaba la vida republicana. El ciudadano tiene como fin el regodeo en sus propias *affections*, la apertura y la capacidad de construcción del tejido democrático basado en relaciones racionales se desgasta, el milagro de la conciencia reflexiva desaparece. Ganan la imagen y lo irracional. Pierde el discurso racional. Surge el animal a-político.